LA
ILUSTRACIÓN VALENCIANA

18 DE MARZO DE 1883

EXCMO. É ILLMO. SEÑOR

D. Fray Joaquín Company

ARZOBISPO DE VALENCIA

† en Valencia el día 13 de Febrero de 1813.

LOS HIJOS DE VALENCIA (1)

EL EXCMO. É ILLMO. SEÑOR

D. FRAY JOAQUÍN COMPANY

ARZOBISPO DE VALENCIA

Cuando nos ocupamos, ya hace años, en apuntar algunas noticias biográficas de varios *Escritores contemporáneos valencianos*, que muchos de ellos no figuran en la rica «Biblioteca» del laborioso y erudito D. Justo Pastor Fuster, y cuyas notas por vía de folletín insertábamos en el *Diario Mercantil de Valencia;* tuvimos siempre la idea de coronar aquella galería enciclopédica de autores ilustres contemporáneos, con el respetable nombre del Prelado que va á ocuparnos. Agenas causas á lo que entónces pensamos vinieron á impedirlo; pero no á que siempre, y en apurados momentos citáramos con noble orgullo, y presentáramos á nuestro paisano D. Fray Joaquín Company como una verdadera lumbrera de la Iglesia, como dignísimo modelo de religiosidad y grandeza, y como tipo perfecto para combatir descarriadas opiniones que, en política, ignoramos si de buena fe, parecía habían hecho hondo hincapié, entre cierta clase de gentes en nuestro país.

Preciso es para esto tener que remontarse á las noticias biográficas que de este sabio Prelado poseemos. Haciéndolo así, podremos apreciar debidamente, puesto que nosotros ya le conocimos en el punto máximo de su elevación, y graduar la respetuosa opinión que de él y sus prendas, y su profundo saber, tenían formada, no sólo nuestros padres, sino España entera.

Lo haremos rápidamente.

Nacido D. Joaquín Company y Soler en Penáguila, el 3 de Enero de 1732, tuvo la desgracia de perder á su padre, médico de dicha villa, cuando apenas contaba cinco años de edad, acogiéndole un tío materno en Gandía, donde empezó sus estudios en el Colegio que los Padres jesuitas tenían en aquella ciudad. A los quince tomó el hábito de San Francisco en el convento de Valencia: en él estudio Filosofía y Teología, y pasó muy presto, tal era su aplicación y amor al estudio, á defender actos de la última facultad, precisos para poder obtener cátedras, de modo que ántes de ser sacerdote, ya era Lector en Artes y de Teología moral, y en 1775 Definidor.

De allí á tres años (1778) fué proclamado Ministro provincial, después Padre jubilado, Definidor general, Comisario general, Arzobispo de Zaragoza, y últimamente en Noviembre de 1800 Arzobispo de Valencia: premio glorioso debido á sus afanosos estudios durante treinta años consecutivos.

Todas sus Obras, las Crónicas de la orden seráfica, bajo cuya dirección hicieron los Orgas en 1778 la impresión; la Vida del Beato Nicolás Factor; sus Cartas pastorales, tanto para las diócesis de Zaragoza y de Valencia, como asimismo para la orden de San Francisco, siempre fueron escritas de su puño y letra, y serán eternamente monumentos de literatura y de piedad. La Enfermería, la magnífica Biblioteca de su convento, así en la parte material como en la formal, con el número de preciosos libros con que la dotó, fueron dos señaladísimas obras para que la posteridad viese en la primera cómo debía cuidarse á los pobres religiosos desamparados y enfermos, y en la segunda se aprendiesen lecciones de vida santa, perfecta y religiosa.

Teólogo de la Real Junta de la Concepción, Grande de España de primera clase, Caballero gran-cruz de la Real y distinguida orden de Carlos III, Consultor de los Consejos, amado y respetado de sus reyes, estaba dotado de carácter humilde, amable y agasajador. A la manera que el gran Tomás de Villanueva, que corría un día á abrazar á un pobre labriego, de humilde porte y más humilde vestido, diciendo á la comitiva en este Palacio Arzobispal: «Permitidme, señores, es un primo mío que viene del pueblo á visitarme;» Joaquín Company, cuantas veces pasaba en Penáguila por su pobre casa, habitada todavía por pobres parientes suyos, y que jamás le ocurrió mejorarla de aspecto, decía á todos: «Esta es mi casa; aquí, señores, nací.» Y entrando lleno de gozo y bañado en lágrimas, corría al aposento de sus venerables padres para llorarlos enternecido.

Apenas llegó á Valencia (en los años 1803

(1) Escribió en 1878 la biografía que publicamos en este número el entusiasta valencianista D. José de Orga, que falleció en 1881 á la avanzada edad de ochenta años.

y 1804), una cruel sequía redujo esta feraz y rica campiña á la mayor miseria, y declaróse en el pueblo una espantosa hambre. Nuestro Prelado se dedicó desde luego á aumentar su beneficencia. Para los pobres jornaleros, sin trabajo, de esta ciudad y sus arrabales, dispuso tres abundantes y bien condimentadas sopas, que se servían en los conventos de San Francisco y de la Corona, y en el de San Miguel de los Reyes á los labradores, repartiendo además entre los Ayuntamientos y Curas párrocos de su Arzobispado 86.000 pesos; y así á este respetable anciano, de vida tan virtuosa, pacífica y ejemplarísima, le sobrecogió la agitada y azarosa de 1808.

El levantamiento de Valencia á defender la independencia de España contra Napoleón, dice un escritor contemporáneo, «no su Arzobispo Company lo proyectó, siendo eco del 2 de Mayo en Madrid, sino que lo procuró, lo acaloró y lo logró con grandísimo afán, que es lo que deseaba, venciendo grandísimas dificultades,» y el papel resellado, válido para el Lugar-teniente general del reino Murat, fué roto y destrozado por el célebre Vicente Domenech *(el Palleter)*, y la Imprenta de Valencia en seguida fabricó otro papel sellado para el reinado de Fernando VII, é imprimió las Bulas de la Santa Cruzada, y hasta los pagarés del juego de Lotería; y la declaración de la guerra al emperador de los franceses fué un hecho; y una gran asamblea de todas las autoridades reunidas, presidida por D. Fray Joaquín Company, manda en esta especie de federal república; y á la manera que en tiempo foral, ya son soldados de ella todos los valencianos; y el Arzobispo, de carácter tan tímido, cambia su sér á los 80 años de edad, y así como á Pedro Nolasco le vemos acompañar á D. Jaime I el Conquistador en sus batallas, Company, caballero en una mula, imitándole, asiste y exhorta el 28 de Junio á la pelea, y véncese á los soldados de Jena y Austerlitz en la puerta de Cuarte, mandados por el mariscal Moncey.

A la iniciativa del Arzobispo en la Junta, el Matadero general de carnes para abasto de Valencia, conviértese en fábrica de fusiles, la Casa-Lonja de la Seda en fábrica de moneda, la ciudad entera en arsenal. Los guarnicioneros se ocupan en construir morriones de suela, monturas y pistoleras para los caballos, y atalajes para artillería; las mujeres cosen uniformes; los broncistas funden botones con el número y nombre de regimientos de nueva creación, y á la par racimos de balas de plomo; los religiosos, los eclesiásticos y los niños hacen en la Ciudadela cartuchos; las monjas en su claustro hilas á paquetes para los heridos. La casa Real Enseñanza se cambia en hospital; el Colegio del Patriarca en almacen de utensilios; todo es poco para salvar la patria y la independencia.

La Alameda y llano del Real ya no son paseos; son campo de Marte donde se instruyen los soldados. Las puertas de la Universidad literaria, al modo que allá las vomitorias del circo romano, abocan 14.000 hombres, toda Valencia y Murcia, que con el general Saint-March y otros jefes marchan á Zaragoza á auxiliar á Palafox, pudiendo decir con Ercilla:

No les cubren sus pechos fuertes mallas,
Anchas corazas, petos, ni lorigas;
Desnudos los ofrecen al combate...

pues sólo se les entrega fusil, alpargatas y sombrero, cuya cucarda es una cruz. Otro igual número de imberbes soldados, á las órdenes del general Caro caminan hacia Madrid; otros hacia las fronteras de Cataluña, porque Figueras, Rosas, Barcelona y Monjuich han sido traidoramente tomadas. Nuestros generales Rovira, Castropignano, Adorno, Romré, Sentmanat, Cervellón, se muestran infatigables; pero el Arzobispo, que á todos excede, lo inspecciona todo, se multiplica á pesar de su avanzada edad, todo es en él patriotismo y vida, en todo está, y nota en todo, sin embargo, una gran falta: su madurez y talento, pesa mucho en las decisiones de la Junta. Dejemos hablar á uno de sus individuos, distinguido orador:

«Toda España peleaba con valor, y sacrificaba con gusto su sangre y su riqueza por la patria y por el rey. Mas no había uniformidad en la acción, y mucho ménos unidad en los medios; y el Arzobispo lo notaba como previsor desde el principio. Dividido cada reino de por sí, con su autoridad independiente, conocía y estimaba su particular bien, y lo procuraba á todo trance con esfuerzo y fidelidad; pero ninguno se sujetaba á obedecer á los demás. Como se tenía cada uno por depositario de la autoridad soberana, sus sacrificios parciales, aún los más abundantes y generosos, en lugar de detener facilitaban las victorias de los enemigos, que en detalle iban dominando la Península. Sucedía que sujeta una provincia, las demás, dedicadas á su propia defensa, descuidaban la

libertad de la hermana; y ella subyugada, y aherrojada, y empobrecida, sufría á duras penas la esclavitud, sin medios ni aún esperanza de libertad.

»El remedio único era depositar la autoridad en un cuerpo sólo, á quien obedecieran todos, como dice Quintana por boca de Alfonso de Cantabria al elegir á Pelayo:

«Mande uno sólo; los otros obedezcan.»

»España es noble, generosa, desinteresada; pero ¿quién, volvemos á repetir, insinuará esta idea, la hará conocer á las provincias todas? ¿Quién dará el ejemplo del desprendimiento más glorioso que vió España en su revolución? ¿Quién hará el primero el sacrificio que concentre la autoridad soberana para redimir á los españoles, y sea fuente de sus victorias, y sea el nacimiento de su libertad? D. Fray Joaquín Company, miembro muy principal de la Junta de Valencia. Preséntase un día en ella, ¡oh día grande, que debe grabarse en oro en los fastos de la revolución nacional! y con la dulzura, la amabilidad y franqueza que le era natural, registra con cuidado si falta alguno de sus individuos, y pide se le oiga ántes de tratar de otro asunto. Con calor y con interés se insinúa en los corazones de todos; persuade, convence la absoluta necesidad de reunir las diferentes y esparcidas autoridades supremas en una sóla, soberana: «Sea Valencia (dice) la primera en dar este ejemplo á las demás Juntas de toda España;» y cuando conoce inflamados los ánimos de todos sus compañeros en sus mismos deseos, exclama: «¿En qué nos detenemos? ¿En el modo de hacer este sacrificio, y de merecer este timbre heróico? Aquí están extendidos por mí en este papel mis sentimientos: si son los de la Junta, como creo, á salir pronto de un golpe; salgamos inmediatamente de tantos apuros y peligros.» Lée el papel: no sólo es aprobado sino aclamado. Se manda imprimir, se envía por extraordinario á todas las Juntas y fórmase la Junta Central, como autoridad soberana, preliminar de las Cortes, y de la Constitución de 1812: obra todo de los vastos y profundos conocimientos políticos de nuestro ilustre paisano Company.»

Así fué en efecto toda su vida, y mientras duraron aquellas difíciles circunstancias: á esta altura diplomática se elevaba constantemente este digno Prelado. Si volvió á Valencia, entrados los franceses en ella en 1812, instado por el mariscal Suchet que (según Napoleón), era de genio recto, conciliador y administrativo; Company vino á trocar su libertad por la esclavitud, temiéndose á cada paso muchos males para su decorosa persona; vino para revocar el decreto de seis días de saqueo, que el mariscal había prometido á sus soldados al ocupar esta ciudad, en revancha de los tristes sucesos de la Ciudadela, y vino, en fin, para con valor cristiano decirle un día: «General, puesto que sois católico, interceded por Dios con vuestro emperador para que vuelvan á España mis inocentes y pobres religiosos. Las aulas de la Universidad literaria yacen desiertas, los estudiantes han sido llevados también prisioneros á Francia, como los soldados, por haber formado todos ellos un batallón de diestros artilleros; que vuelva á sus casas esa juventud estudiosa, y Valencia os lo agradecerá; porque, creedme, esto no debe ser, y hasta es indigno del noble, del honrado mariscal Luis Gabriel de Suchet...»

Nada sin embargo se logró: la sentencia estaba pronunciada, y el venerable Arzobispo destinado á sufrir la negativa á sus pretensiones, en las varias visitas que hizo al general, pasando por estos desaires y humillaciones.

Al ver su Palacio reducido á escombros por el bombardeo, su rica Biblioteca y su Historia natural convertida en cenizas, eligió para vivienda el Palacio de la Inquisición (hoy manzana de casas frente á San Lorenzo), donde agravándose de día en día sus dolencias, pasó á mejor vida el 13 de Febrero de 1813, á los 81 años de edad, entregando lleno de virtudes su alma al Creador.

† José de ORGA.

ORFEBRERÍA VALENCIANA

Extracto según acta de las Conferencias dadas en Abril de 1880 en la Sección de Arqueología de Lo Rat-Penat, por D. José Vives Ciscar.

II

Señores: En la conferencia anterior me ocupé de la Orfebrería en general, hoy voy á haceros una breve reseña de la parte relativa á España, y otro día me ocuparé de la de Valencia.

Fué nuestra nación muy nombrada en lo

antiguo por su riqueza en las primeras materias de que se sirve el arte orfebreresco. Dice, con este motivo el Padre Mariana, en el primer capítulo de su historia: «Tiene minas de oro y de plata, hay de venas de hierro donde quiera, piedras trasparentes y á manera de espejos: y no faltan canteras de mármol de todas suertes con maravillosa variedad de colores, con que parece quiso jugar y aún deleitarse los ojos la Naturaleza.» Esta abundancia mineral de España la hizo ser codiciada por los extranjeros, griegos, fenicios y cartagineses y se cree fuese la famosa Tarsis de donde volvían cargadas de oro las naves del rey Salomón. Varios ríos de nuestra patria llevaban este rico metal disuelto en sus arenas.

El Tajo era uno de éstos y por eso le dan los poetas, sobrenombre de aurífero; otro era el Darro en la Bética, á cuya circunstancia debió el llamarse anteriormente Dauro, y el Sil en la Galaica, cuyo curso desviaron los romanos haciéndole atravesar una montaña en el sitio conocido hoy en el país por Monte-Turado. No sólo los ríos si no también los montes nos ofrecían tan precioso metal según atestiguan los autores antiguos. Estrabon en su libro 8.° nos habla de las minas de la Bética, riquísimas en oro, plata y cobre, en especial el primero que si tenía tinte pálido se le apreciaba mucho. Diodoro de Sicilia (lib. 5.°, cap. 27), dice de las minas de España que eran muy abundantes y que las explotaban los cartagineses. El poeta Silio Itálico alaba el oro de Córdoba en el siguiente verso de su poema La Tarsalia:

«Nec decus aurífera cesabit Corduba terra.»

También Plinio, en su célebre Historia Natural, dice de los montes de España que eran «auro fértiles.» En cuanto á la plata, también era muy abundante, sobre todo, en la Cartaginense. Quizás á esta riqueza argentífera mencionada por Plinio y Estrabon se deba la importancia que adquirió en tiempo de Aníbal Cartago-Nova, hoy Cartagena. La historia nos ha conservado la fama de los pozos que este ilustre guerrero mandó contruir á fin de extraer del seno de la tierra las lucientes venas de plata.

Los pueblos invasores fueron los que se aprovecharon realmente de tantas riquezas, pues que los naturales las despreciaban empleándolas en los objetos más vulgares. A los tiempos primitivos, en cuya clasificación comprendemos las épocas griega y fenicia, no se pueden atribuir obras artísticas de gran valor, fabricadas con metales, si se exceptúan las monedas. Estaba la patria helénica muy léjos de los isleños colonizadores para enviarles los rayos de su cultura, y en cuanto á los fenicios jamás se distinguieron por su amor á las artes.

La época romana ya nos ofrece algunos monumentos de orfebrería, entre los cuales sólo citaremos el tesoro del templo de Tarragona, consistente en objetos de plata que, escondido en un pozo á la irrupción vandálica, fué por casualidad encontrado y hoy se halla en el Museo de dicha ciudad.

Los pueblos visigodos, cuya dominación sustituyó á la romana, eran de costumbres muy puras y enemigos del lujo; pero bien pronto se desarrolló éste entre ellos, merced al contacto de los bizantinos que ocupaban el litoral. El gran San Isidoro, en sus Etimologías, habla de los trajes y adornos de las mujeres, que usaban coronas, diademas, *nimbos* ó velos, brazaletes, mitras y collares adornados de piedras preciosas. Refiérese también á excelentes brocados y á servicios de mesa fabricados de plata.

Un autor árabe describe el carro de marfil, oro y rubís con incrustaciones de plata y el traje magnífico que usó el desgraciado rey Rodrigo en la batalla de Jerez ó del Guadalete. Otros escritores árabes se entretienen en detallar los grandes tesoros de que como botín de guerra se apoderaron en Toledo y otras ciudades, cuando la invasión. Citan con este motivo un sinnúmero de perlas, rubís, esmeraldas, telas de oro y otra porción de joyas labradas artísticamente, de las cuales era quizás la más importante la mesa de Salomón, trasportada por Tito á Roma y traída por los godos á España. Las coronas votivas de Guarrazar, hechas de oro y adornadas de piedras finas, llevando los nombres de Suintila, Receswinto, el abad Teodosio y Lucencio nos demuestran la gran altura que alcanzó el arte de la orfebrería en España, en la época visigoda.

Los árabes desenvolvieron en mayor escala la platería y joyería. Durante el Califato de Córdoba se citan como modelos de la ostentación oriental la gran mezquita cordobesa y los palacios de Medina-Azzara y Ruzafá. La indumentaria entre los árabes referente á objetos de adorno, como brazaletes, collares, amuletos, sortijas, etc.; las encuadernaciones de oro, plata y perlas y los códices iluminados

con oro, nos prueban la magnificencia semítica que llegó á tal extremo, que fué proscrito el gusto árabe por los reyes austriacos.

Los cofrecillos ó joyeros de la catedral de Gerona, fabricados por Inden-Ben Bosla, y del Museo Arqueológico, y las espadas de Boabdil, acreditan especialmente nuestra afirmación. El gusto damasquino, el melado ó relieve de plata, la filigrana y las piedras finas, lápiz lázuli, malaquita y turquesa, fueron introducidos por los árabes, á cuyo idioma pertenecen las palabras alfiler, alhaja, arracada, joya y quilate, conservadas hoy en el nuestro.

Paralelamente al gusto damasquino, dominante en el Andalúz, desarrollóse el ojival ó gótico, en los estados españoles.

En vez de los bosques de palmeras, cuyas ramas entrelazadas resguardan del ardor del sol, simulados por el artífice muslim, las esbeltas agujas góticas que se perdían en los cielos, cual la plegaria del cristiano. Los más notables monumentos de esta edad son; la Cruz de los Angeles de Oviedo, de origen según la tradición milagroso y de estilo más bien románico ó bizantino que gótico; el arca Santa de Santiago y la corona de San Fernando, en los reinos de León y Castilla, y en el de Aragón, la espada del rey D. Jaime, y el sillón de Pedro IV, en la Catedral de Barcelona.

El siglo XV, nos trae el renacimiento en las artes, patrocinado en Aragón por Alfonso V y algo posterior en Castilla. El gusto plateresco despliega todo la exuberancia de sus formas, siendo respecto del gótico, lo que el churriguerresco de los clásicos neo-griegos, aunque en verdad, más puro.

Las familias de los Arfes (Enrique, Antonio y Juan) de León, y los Becerriles (Pedro, Francisco y Alfonso) de Cuenca, famosos escultores y plateros representan en España en los siglos XVI y XVII, el papel que Cellini en Italia en la misma época; esto es, el de restauradores de la orfebrería. Se encuentra en estos autores tal riqueza de invención, tal lujo de detalles, un sentido artístico tan desarrollado que llega á superar la forma á la materia, á pesar de ser ésta el oro, plata y piedras preciosas.

A fines del siglo XVII se inicia en España la decadencia de la escultura y arquitectura y por consiguiente de la orfebrería, arte derivado de aquéllas, invadiéndolo todo el churriguerismo, escuela depravada y extravagante que hizo consistir el mérito de las obras en lo prolijo y cansado de la ejecución.

El siglo presente marca una era de reacción lenta pero segura del buen gusto contra teorías tan desatinadas.

Á LA VIRGEN DIVINA

EN LA CALLE DE AMARGURA (1)

Del Calvario hacia la cumbre
En confusa tropelía,
Junto al Hijo de María
Va furiosa muchedumbre.
Compasión ni pesadumbre
Nadie por su pena siente,
Lo tratan cual delincuente
Y despreciable á su ver,
Y no saben que aquel sér
Es el sér Omnipotente.

—

Miradle, su faz hermosa
De roja sangre cubierta,
Su sacra boca entreabierta,
En actitud dolorosa;
Ved, su frente esplendorosa
De duro espino ceñida,
Y entre sus manos asida
Un infamadora cruz,
El que es vida de la luz
Y luz brillante de vida.

—

El pueblo con vil desvelo
Viendo que su afán no alcanza,
Le empuja porque no avanza,
Y Jesús... cae en el suelo.
Mas de pronto con anhelo
Una voz celeste y pura,
Exhala un ¡ay! de tortura
Que entre el rumor languidece
Tan amargo, que extremece
Hasta la misma amargura.

—

(1) Leída en el concierto sacro celebrado en el Ateneo científico-literario.

Es ¡María! contristada,
Pálido su rostro bello,
Y en los ojos, ni un destello
De la luz de su mirada.
Con el alma traspasada
Ve de su hijo el sufrimiento,
En su amargo sentimiento
Va á abrazarle antes que parta,
Y la turba cruel, la aparta;
¡Pobre Madre! ¡qué tormento!

—

Ya no es aquel hijo amado
Caro objeto de delicias,
Ya no goza sus caricias
Ni le ve junto á su lado;
Aquel sér idolatrado,
No es como en su adolescencia
El capullo, cuya esencia
El ambiente aromatiza,
Si no flor que martiriza
Del huracan la violencia.

—

Cuánto sufres, ¡Virgen Pía!
Del hombre la culpa inmensa,
Forma esa nube tan densa
Que hoy eclipsa tu alegría:
Madre, si en la vida mía
Siento el corazón sin calma,
Si en vez del goce la palma
Sufro de amargo delirio,
Al ver tu cruel martirio
Descienda la paz al alma.

—

Si las rosas purpurinas,
Que hoy mi existencia matizan,
Contemplo que se deslizan
Dejando tan sólo espinas;
Si las luces diamantinas
De mi iris y sus colores
Eclipsan densos vapores
De penas y de quebranto,
¡Madre! mitigue mi llanto,
El contemplar tus dolores.

Magdalena G. Bravo.

Valencia, Marzo 1883.

ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO
DE LOS
POETAS VALENCIANOS
DE LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII

por

JOSÉ M.ª PUIG TORRALVA Y FRANCISCO MARTÍ GRAJALES

(Continuación)

Onofre Almudever.

Natural y ciudadano de Valencia. Persona insigne en *letras humanas*, según afirma Rodríguez en su «Biblioteca Valentina.» Poeta lemosino-valenciano de elegante y dulce estilo, y tan amante de su lengua que reimprimió en 1561 varias obras que andaban muy escasas, entre las que recordamos *Lo Sompni de Joan Joan*, *La Brama dels llauradors y Lo Procés de les Olives*.

Sus biógrafos le llaman, equivocadamente, Almodóvar y Almodévar: Fuster, que critica por esta razón á Ximeno, incurre en la misma falta.

Se le conocen varias poesías laudadorias, y entre la que sobresale una trova, que copia Fuster, y principia así:

Si molt te conforten ab dolza fragancia...

D. Juan Fernández de Heredia.

Caballero valenciano, hijo de D. Juan Fernández de Heredia y de doña Juana Díez de Calatayud, señores de Andilla. Casó con doña Jerónima Beneito Carroz Pardo de la Casta. No consta el año de su nacimiento ni el de su defunción. Al morir dejó sus bienes á su hermano D. Miguel, por no dejar sucesión.

En el certamen de Santa Catalina Mártir, fué nombrado juez para la distribución de premios, con estas alabanzas: *al estre, un spill y dechado de tota urbanitat primari lo noble don joan ferrandis de heredia.*

D. Ximen Pérez de Lloris dió á luz las «Obras de nuestro autor, así temporales como espirituales,» dirigidas al Illmo. Sr. D. Francisco de Aragón. En Valencia en casa Joan Mey, año 1562, en 8.° Hay en esta obrita poesías lemosino-valencianas suyas y muy correctas: como muestra copiaremos la respuesta que le dió á Andrés Martí de Pineda cuando le envió á pedir en verso un libro:

Per ser vos, responch, sab Deu lo quem costa,
tan mal me te 'l mal, tan dat al traves
tan flac está 'l cos y l' anima mes
com vos ho veureu per exa resposta.
Ab tanta primor he vist que 'm lloau
per on la llaor es vostra, y no mia,
qui nom conegues, yo creich queus creuria:
mas yo que 'm conech, conech queus burlau.
No vul mes lloaros per mudar de joch,
perque 'n vostres obres lloar tal se mostra
quel que satrevix en dir llaor vostra,
quant mes penias dir, diría molt poch.
De veurem vos dich que nous escuséu,
que en cara queus veig assi per la llista,
de qui hom vol bé gran cosa es la vista:
donchs feu ho, y será gran be del mal meu.

Desde el fól. 117 al 135 de la mencionada obra; hay un *Colloqvio en el qual se remeda el vso, trato y platicas que las damas en Valencia acostumbran hazer y tener en las visitas que se hazen vnas á otras.* Algunos interlocutores hablan el valenciano y un portugués siempre su idioma.

Luego en el fól. 136 al 147 se halla otro principio que hubo de hacerse al mismo *colloquio*, para representarlo á la presencia de la duquesa de Calabria.

Además de las poesías de Fernández de Heredia contiene este libro otras de notables poetas de su época.

Salvá consideraba esta obra como una de las más raras de su biblioteca.

Luis Milán.

Poeta valenciano y muy diestro en la música, sobre la que compuso un tratado titulado *El Maestro*, arte de tocar la vihuela de mano.

Fué muy alabado por Gil Polo en su Diana enamorada, libr. III en el canto del Turia y por Timoneda en su Sarao de amor.

En su *Cortesano* impreso en MDLXI, tiene algunos versos valencianos, pero tan pocos son que hemos vacilado en colocar á Milán entre los poetas lemosino-valencianos. En esta obra pone en boca de un paje que habla con un canónigo, las siguientes palabras—quiero cantar, para daros placer, esta canción catalana (1):

Bella de vos so enamoros,
Gibeta (2) mia,
Tot temps sospir pensant en vos
La nit y 'l dia.

Dixo el canónigo: Puix tú has cantat pera mí, yo vull cantar pera tú:

Tot lo mon me 'stá mirant
Com si fos una donsella,
Si bem veu anar galant,
Lladre so per maravella.

En otro lugar le hace decir al canónigo hablando con varios caballeros:

Armaula ab vostra muller
Y pecau tots á plaer,
Que molt poch y fareu mella
Ab tal rodella.
Y res tan pera corps
Picadors
Que buitrera sou de mors.

Valero Fuster.

Poeta valenciano, de quien se conocen cuatro composiciones, escritas con la picardía y libertad tan comunes en los siglos XV y XVI. Hé aquí sus títulos:

I. *Escrivia Valero Fuster les presents cobles noves de La crich-crach juntament ab altres cansons molt gracioses per prechs d' alguns amichs y amigues, y fals estampar en Valencia en lany Mil D. L. Vj*

LA CRICH-CRACH.

En aquell gran temps passat
quant jo trist jovenet era,
de fet me posí a servir
una molt gentil doncella:

La crich-crach...

10 estrofas como la precedente.

II. *Canción muy graciosa con esta glosa: Dónes livern ja s' acosta.*

III. *Cansó molt gentil en la qual prega un gentil-hom á son amiga, que per mercé lo rebeixca aquella nit en sa casa.*

Glosa: *Abre tus puertas, señora.*

IV. *Resposta de la ma amiga al sobre dit galan.*

Glosa: *Non ploreu davant.*

(*Continuará*).

(1) Por Milán sabemos que es de origen catalán la *cançó contrafeta y hara novament trovada* por Timoneda.

(2) Alude á un defecto físico del canónigo.

VALENCIA: Imprenta de la Viuda de Ayoldi.